

Los problemas del régimen soviético. Teoría de la degeneración y degeneración de la teoría

León Trotsky
29 de abril de 1933

(Tomado de “Los problemas del régimen soviético. Teoría de la degeneración y degeneración de la teoría”, en AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 508-516, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 25, junio de 1933.)

1.- *El languidecimiento del estado.* – El socialismo íntegramente realizado (comunismo) significa una sociedad sin estado. Pero el período de transición del capitalismo al socialismo exige el reforzamiento extremo de las funciones del estado (*dictadura del proletariado*). Esta dialéctica histórica del estado ha sido suficientemente aclarada por la teoría marxista.

La base económica de la desaparición completa del estado obrero es un desarrollo tan elevado del poder económico, que el trabajo de producción no tiene ya necesidad de ninguna clase de presión coactiva, y el reparto de los bienes necesarios a la vida no exige ningún control jurídico. El paso de la dictadura revolucionaria a la sociedad sin estado no puede, evidentemente, producirse por decreto. El estado no se disuelve por un acto especial, sino que desaparece gradualmente de la escena, muere a medida que la sociedad socialista, potente y altamente civilizada, asume todas las funciones vitales, con ayuda de sus órganos numerosos y elásticos, que no tienen necesidad de recurrir a la imposición represiva.

El proceso de la liquidación de las clases pasa por dos caminos diferentes. A medida que se vaya realizando la liquidación de las clases, es decir, que se vayan disolviendo en una sociedad homogénea, la presión coercitiva muere en el sentido propio de la palabra, desapareciendo para siempre de la circulación social; las funciones organizadoras del estado, por el contrario, se complican, se perfeccionan, se ocupan de los detalles, penetran en dominios siempre nuevos, que habían estado antes, por así decirlo, fuera de la sociedad (menesteres domésticos, educación de los niños, etc.), sometiéndolos por primera vez al control de la inteligencia colectiva.

La manera general de plantear la cuestión no cambia, ya se trate de un solo país o de todo el planeta. Si se admite que la sociedad socialista es posible en límites nacionales, la desaparición del estado debe producirse también en los cuadros de un solo país. La necesidad de defenderse del capitalismo exterior es, en sí, completamente compatible con el debilitamiento de la coerción del estado en el interior; la solidaridad y la disciplina conscientes de la sociedad socialista deben dar los más grandes resultados sobre el campo de batalla, lo mismo que en el dominio de la producción.

La fracción estaliniana ha proclamado ya desde hace dos años que las clases en la URSS están *radicalmente* liquidadas, que la cuestión “¿quién vencerá?” está resuelta *definitivamente y sin vuelta de hoja*; es más; que *hemos entrado en el socialismo*. De aquí necesariamente habría que concluir, según las leyes de la lógica marxista, que la presión de clase ha desaparecido *radicalmente*, y que, por tanto, estamos en el período de la extinción progresiva del estado. Sin embargo, cuando algunos doctrinarios imprudentes llegaron a esta conclusión fueron inmediatamente declarados *contrarrevolucionarios*.

Dejemos, sin embargo, de lado la perspectiva del socialismo en un solo país¹. Tomemos por punto de partida, no la construcción burocrática, que la marcha de los acontecimientos ha conducido ya al absurdo, sino la situación real de las cosas: la URSS no es, evidentemente, una sociedad socialista, sino solamente un estado socialista, es decir, el alma de la construcción de la sociedad socialista; las clases todavía están lejos de haber sido liquidadas; la cuestión, *¿quién vencerá?*², no está resuelta; la posibilidad de una restauración capitalista no está excluida; la necesidad de la dictadura del proletariado, por tanto, subsiste enteramente. Pero queda todavía la cuestión del *carácter* del estado soviético, que no es ninguna cosa inmutable durante todo el período transitorio, a medida que avanza la edificación económica victoriosa. Cuanto más sanas sean las relaciones entre la ciudad y el campo, con tanta mayor amplitud ha de desarrollarse la democracia soviética. Aún no se trata aquí de la muerte del estado, pues la democracia soviética es también una forma de la coerción estatal. El contenido y la elasticidad de esta forma reflejan, sin embargo, mejor que todo, la actitud de las masas hacia el régimen soviético. Cuanto más satisfecho esté el proletariado de los resultados de su propio trabajo, tanto más fecunda es su influencia sobre la aldea, tanto más el estado soviético debe irse convirtiendo (no sobre el papel, no en el programa, sino en la realidad, en la experiencia diaria) en el alma de una mayoría creciente contra una minoría en declinación. La dilatación de la democracia soviética, si bien no significa todavía la muerte del estado, equivale, sin embargo, a la preparación de la misma.

La cuestión se hace más concreta si consideramos los cambios fundamentales de la estructura de las clases durante la revolución. La dictadura del proletariado, en tanto que instrumento de destrucción de los explotadores, era necesaria contra los terratenientes, los capitalistas, los generales y los *kulaks* en la medida en que estos últimos sostenían a las clases ricas. No es posible convertir a los explotadores al socialismo. Era necesario, a todo precio, romper su resistencia. Los años de guerra civil significaron la más alta tensión de la dictadura del proletariado.

Por lo que se refiere a la masa campesina en su conjunto, la tarea se planteaba y se plantea de muy otra forma. Es necesario *atraer* al campesino hacia el régimen socialista. Hay que demostrar por la experiencia a los campesinos que la industria del estado es capaz de suministrarle las mercancías en condiciones más favorables que los capitalistas, y que la agricultura colectiva es más ventajosa que la agricultura individual. En tanto esta labor económica y cultural no se haya resuelto (y esto todavía está muy lejos, sobre todo teniendo en cuenta que no puede ser llevada a cabo completamente más que en escala internacional), los choques de clase serán inevitables, y, por consiguiente, también la intervención coercitiva del estado. Pero si en la lucha contra los terratenientes y los capitalistas la violencia revolucionaria era el método principal, la cosa debía ser muy distinta con respecto a los *kulaks*: al mismo tiempo que reprimía implacablemente la resistencia contrarrevolucionaria manifiesta de los *kulaks* el estado concertaba, no obstante, compromisos con ellos en el dominio económico. El estado no deskulakizaba a los *kulaks*, sino que se conformaba restringiendo sus tendencias explotadoras. Para los campesinos, en su conjunto, la violencia revolucionaria no debía desempeñar más que un papel auxiliar y, desde luego, decreciente. El éxito real de la industrialización y de la colectivización debía expresarse por una dulcificación progresiva de las formas y de los métodos de la coerción estatal; por la democratización creciente del régimen soviético.

2.- *El régimen político de la dictadura y su base social.* – El 30 de enero de 1932, la *Pravda* escribía: “Durante el segundo plan quinquenal, los últimos vestigios de los

¹ Ver en nuestras OELT-EIS el ilustrativo folleto de 1932: *¿Socialismo en un solo país?*

² Ver también, por ejemplo, el folleto de 1925, también en nuestras OELT-EIS: *¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?*

elementos capitalistas serán liquidados en nuestra economía”. Es absolutamente evidente que, desde el punto de vista de esta perspectiva oficial, el estado debería desaparecer durante el segundo plan quinquenal, pues donde quedan liquidados *los últimos vestigios* (j) de la desigualdad de clases el estado no tiene nada que hacer. En realidad, asistimos a procesos de un carácter absolutamente opuesto. Los mismos estalinianos no solamente no osan afirmar que la dictadura ha tomado, durante los últimos diez años, formas más democráticas, sino, al contrario, quieren probar infatigablemente la inevitabilidad del reforzamiento ulterior de los métodos de imposición gubernamental. Lo que sucede en la realidad es, sin embargo, mucho más importante que todas las perspectivas y todos los pronósticos.

Si se aprecia la realidad soviética a través del prisma del régimen político (tal apreciación es insuficiente, pero perfectamente legítima y extremadamente importante), el cuadro se presenta no solamente sombrío, sino verdaderamente siniestro. Los sóviets han perdido los últimos restos de una significación independiente, cesando de ser *sóviets*. El partido no existe. So capa de la lucha contra las tendencias de derecha, se ha aniquilado definitivamente los sindicatos. Más de una vez hemos examinado la cuestión de la degeneración y de la asfixia del partido y de los sóviets. Es necesario que nos expresemos aquí, aunque sólo sea en unas líneas, sobre la suerte de las organizaciones sindicales durante el período de la dictadura soviética. La independencia relativa de los sindicatos es un correctivo necesario e importante en el sistema del estado soviético, que se encuentra bajo la presión de los campesinos y de la burocracia. En tanto que las clases no están liquidadas, los obreros deben, aun en el estado soviético, defenderse con ayuda de sus organizaciones sindicales. Dicho de otra manera: los sindicatos permanecen siendo los sindicatos en tanto que el estado siga siendo el estado, es decir, un aparato de coerción. La estatización de los sindicatos ha de ser un proceso paralelo a la desestatización del estado. Esto significa: a medida que la liquidación de las clases quita al estado sus funciones de coerción, disolviéndolas en la sociedad, los sindicatos pierden su carácter de clase, bien determinada, y se disuelven en el estado en vías de desaparición.

Los estalinianos reconocen también en palabras esta dialéctica de la dictadura, expresada en el programa del partido bolchevique. Pero las relaciones reales entre los sindicatos y el estado se desarrollan en un sentido diametralmente opuesto. El estado, no solamente no languidece (a pesar de la proclamación de la liquidación de las clases), no solamente no dulcifica sus métodos (a pesar de los éxitos económicos), sino que, al contrario, deviene progresivamente un aparato de imposición burocrática. Al mismo tiempo, los sindicatos, transformados en cancillerías burocráticas, han perdido definitivamente la posibilidad de desempeñar la función de tapón entre el aparato del estado y la masa proletaria. Peor todavía: el aparato de los mismos sindicatos se ha convertido en instrumento de la presión administrativa sobre los obreros.

Una primera conclusión de lo que queda dicho anteriormente es lo siguiente: la evolución de los sóviets, del partido y de los sindicatos sigue una línea no ascendente, sino descendentes. Si se admite como justa la apreciación oficial de la industrialización y de la colectivización, habrá que decir: la superestructura política del régimen proletario se desarrolla en una dirección diametralmente opuesta al desarrollo de la base económica. ¿Entonces son falsas las leyes del marxismo? No, es la apreciación oficial de la base social de la dictadura la que es mentirosa; y lo es radicalmente.

Más concretamente, la cuestión se formula así: ¿por qué en 1917-1921, cuando las antiguas clases dominantes luchaban con las armas en la mano, cuando los imperialistas del mundo entero los apoyaban activamente, cuando los *kulaks* en armas saboteaban el ejército y el aprovisionamiento del país, era posible discutir abiertamente en el partido las cuestiones agudas de la paz de Brest-Litovsk, los métodos de

organización del ejército rojo, la composición del CC, de los sindicatos, del paso a la NEP, de la política nacional y de la política de la IC? ¿Por qué ahora, después del fin de la intervención, después de la derrota de las clases explotadoras, después de los éxitos de la industrialización y de la colectivización de la inmensa mayoría de la masa campesina, no se puede admitir la discusión de las cuestiones de los ritmos de industrialización y de colectivización de las relaciones entre las industrias pesada y ligera y de la política del frente único en Alemania? ¿Por qué todo miembro del partido que exigiera la convocatoria del congreso regular del partido, de acuerdo con los estatutos, sería inmediatamente excluido y sometido a la represión? ¿Por qué todo comunista que expresara en voz alta una duda sobre la infalibilidad de Stalin sería inmediatamente detenido? ¿De dónde viene esta tensión terrible, monstruosa e intolerable del régimen político?

Hablar a este respecto de la amenaza exterior por parte de los estados capitalistas equivale a evadir la explicación del problema. Evidentemente, estamos lejos de disminuir la significación del cerco capitalista para el régimen interior de la república soviética; ya la necesidad de mantener un ejército poderoso es una fuente importante de burocratismo. Sin embargo, este cerco hostil no es un factor nuevo, pues acompaña a la república soviética desde los primeros días de su existencia.

Con condiciones sanas en el interior del país, la presión del imperialismo sólo debiera tener por resultado un aumento de la solidaridad de las masas, sobre todo, una mayor cohesión de la vanguardia revolucionaria. La penetración de los agentes extraños del género de los ingenieros saboteadores, etcétera..., no justifica en ningún caso, y no explica, el reforzamiento general de los métodos de coerción. Un ambiente social donde reina la solidaridad debería rechazar con suma facilidad los elementos hostiles, como un organismo sano expulsa los tóxicos.

Verdad es que se puede afirmar a este respecto que la presión exterior ha aumentado. Indudablemente, en el mundo entero la relación de las fuerzas se ha desplazado en provecho del imperialismo. Sin embargo, aun dejando de lado la cuestión de la política de la Internacional Comunista, sin considerarla como una de las causas del debilitamiento del proletariado mundial, permanece siendo indiscutible que el reforzamiento de la presión exterior no puede conducir a la burocratización del régimen soviético más que en la medida en que se combina con el crecimiento de las contradicciones interiores. En estas condiciones, en que se hace necesario poner al obrero en el potro del sistema del pasaporte y al campesino en el potro de las secciones políticas, la presión del exterior debe inevitablemente debilitar todavía más la cohesión interior. E inversamente: el aumento de las contradicciones entre la ciudad y el campo debe inevitablemente hacer más agudo el peligro por parte de los estados capitalistas. La reunión de estos dos factores empuja a la burocracia por la senda de concesiones cada vez mayores a la presión exterior y de represiones cada vez mayores también, contra las masas obreras en su propio país.

3.- *Las explicaciones oficiales del terror burocrático.* – “*Algunos camaradas [decía Stalin en el pleno del CC del mes de enero] han comprendido las tesis sobre la liquidación de las clases, la creación de la sociedad sin clases y la desaparición del estado como una justificación de la pereza (?) y de la negligencia (?), como una justificación de la teoría contrarrevolucionaria de la extinción de la lucha de clases y del debilitamiento del poder soviético.*” La imprecisión de las expresiones sirve aquí, como en otros casos en Stalin, para llenar las lagunas de su lógica. Las tesis programáticas sobre la desaparición de las clases para el porvenir no significan, evidentemente, todavía, la extinción de la lucha de clases para el presente. Pero es el caso que aquí no se trata de una tesis teórica, sino del *hecho*, oficialmente proclamado, de la desaparición de las clases. El

sofisma de Stalin consiste en lo siguiente: la idea del reforzamiento inevitable del poder estatal en la época de transición entre el capitalismo y el socialismo (idea que Lenin desarrolló después de Marx, para explicar la necesidad de la dictadura del proletariado en general) Stalin la adapta a un cierto período de la dictadura, después de haberse liquidado (según dicen) todas las clases capitalistas.

Para explicar la necesidad de un reforzamiento ulterior de la máquina burocrática, Stalin decía en el mismo pleno: *“Los kulaks, en tanto que clase, están destruidos, pero no anonadados...”* Si se acepta esta fórmula, esto quiere decir: para acabar con los *kulaks* destruidos hace falta una dictadura todavía más concentrada que para destruir al *kulak* en toda la plenitud de sus fuerzas. *“El reforzamiento máximo”* del poder estatal es necesario, según la expresión literal de Stalin, para *“acabar con los vestigios de las clases moribundas”*.

Molotov, que, en general, tiene una desdichada tendencia a sacar todas las consecuencias de las ideas de Stalin, da una expresión, perfecta en su género, a la paradoja del burocratismo. *“Si bien [dice en el pleno de enero] la fuerza de los vestigios de las clases burguesas en nuestro país se funde, su resistencia, su resentimiento y su rabia se acrecientan más allá de todo límite.”* Las fuerzas se funden, pero el resentimiento se acrecienta: al parecer, Molotov no duda de que la dictadura es necesaria, no contra la fuerza, sino contra el resentimiento. Sin embargo, un resentimiento que no está armado de la fuerza deja de ser un peligro.

“No se puede decir [reconoce, por su parte, Stalin] que estos despojos puedan cambiar la menor cosa, con sus maquinaciones de saboteadores y de ladrones, en la situación actual de la URSS. Son demasiado débiles e impotentes para resistir a las medidas del poder soviético.” Esto parece que está claro. Si las clases dominantes de antaño no son ya más que mezquinos despojos, si son *“demasiado débiles para cambiar la menor cosa (!) en la situación de la URSS”*, de esto debería desprenderse la extinción de la lucha de clases y la dulcificación del régimen. No, replica Stalin: *“Estos despojos pueden criar todavía mucha mugre”*. Pero la dictadura del proletariado no es necesaria contra esta mugre impotente, sino contra los peligros de una restauración capitalista. Si para la lucha contra los enemigos de clase en todo su poder era necesario recurrir- a los dos puños armados, contra las suciedades de los *despojos* es bastante el dedo meñique...

Pero, al llegar aquí, Stalin introduce un nuevo elemento. Los vestigios moribundos de las clases destruidas *“recurrer a las capas atrasadas de la población y las movilizan contra el poder soviético”*. ¿Pero es que las masas se han hecho más atrasadas durante los años del primer plan quinquenal? Al parecer, no. ¿Es su actitud hacia el estado lo que ha empeorado? Si es así, esto significa que el *“reforzamiento máximo”* del poder soviético (mejor dicho, las represiones) es necesario para luchar contra el descontento creciente de las masas. Stalin agrega: con la movilización de las capas atrasadas de la población *“pueden resucitar y comenzar a remover los residuos de los elementos contrarrevolucionarios de las tendencias trotskystas y derechistas”*. Tal es el último argumento: puesto que pueden remover (¡todavía no hacen más que poder!) los residuos (¡nada más que los residuos!), hace falta... la concentración máxima de la dictadura.

Embrollado desesperadamente en los *residuos* de su propio pensamiento, Stalin agrega inesperadamente: *“Esto seguramente no es cosa de temer”*. ¿Por qué, pues, asustarse y asustar a los demás, si no hay nada que temer? Y ¿por qué introducir un régimen de terror contra el partido y el proletariado, si se trata solamente de residuos impotentes, incapaces de *cambiar la menor cosa en la URSS?*

Todo este amontonamiento de confusión, que no es más que una incoherencia manifiesta, es el resultado de la imposibilidad de disfrazar la verdad. En realidad, Stalin-Molotov debieran decir: *“Dado el descontento de las masas, siempre creciente y*

amenazador, y la corriente, cada día mayor, de los obreros hacia la Oposición de Izquierda, es necesario redoblar las represiones para proteger las posiciones privilegiadas de la burocracia". Así, todo quedaría en su verdadero lugar.

4.- *El languidecimiento del dinero y el languidecimiento del estado.* – El nudo de las contradicciones en que desesperadamente se han embrollado la teoría y la práctica del centrismo burocrático, se mostrará bajo un nuevo aspecto si examinamos la analogía entre la función del dinero y la función del estado durante el período de transición. El dinero, como el estado, representa una herencia directa del capitalismo; deben desaparecer; pero no podrán ser suprimidos por decreto, sino que se irán extinguiendo en un proceso dialéctico. Las diversas funciones del dinero, como las del estado, mueren de distinta manera. En tanto que instrumento de acumulación privada, de usura, de explotación, el dinero se extingue paralelamente a la liquidación de las clases. Como instrumento de cambio, de medida del valor del trabajo, de regulador de la división social del trabajo, el dinero se disuelve gradualmente en la organización planificada de la economía social; en fin de cuentas, se convierte en un recibo, un cheque sobre una parte de los bienes sociales, para satisfacer las necesidades de la producción y de los individuos.

El paralelismo de los dos procesos de desaparición (del dinero y del estado) no es casual: los dos tienen las mismas raíces sociales. El estado perdura en tanto que instrumento regularizador de las relaciones entre las diversas clases y sectores sociales, cada una de las cuales hace su propio balance tratando de obtener un saldo activo. La sustitución definitiva, del dinero, en tanto que instrumento de medida del valor, por una evaluación estadística de la fuerza viva de producción, de los instrumentos de trabajo, de las materias primas y de las necesidades, no llegará a ser posible más que en un estadio en que la riqueza social libere a todos los miembros de la sociedad de la necesidad de rivalizar entre sí en el reparto de la ración social.

Esta etapa está todavía lejos. La función del dinero en la economía soviética, no solamente no está terminada, sino que, en cierto sentido, es solamente ahora cuando se debe desarrollar por completo. El período de transición, considerado en su conjunto, no significa una restricción de la circulación de mercancías, sino, al contrario, una ampliación extrema de la misma. Todas las ramas de la economía se transforman, se desarrollan y están obligadas a fijar cuantitativa y cualitativamente sus relaciones entre sí. Muchos productos, que bajo el capitalismo no son accesibles más que a una pequeña minoría, deben ser suministrados ahora en proporción mucho mayor. La liquidación de la economía campesina, con su consumo interior, y de la economía doméstica, replegada sobre sí misma, significa la entrada en la circulación social (monetaria) de toda la energía productora que se gasta ahora en los límites de las aldeas y en los muros de las habitaciones privadas.

Teniendo cuenta de todas las fuerzas productivas de la sociedad, el estado socialista tiene la misión de darles el destino y la distribución más productivas para la sociedad. Los métodos de contabilidad económica elaborados por el capitalismo (la contabilidad monetaria) no deben ser suprimidos, sino generalizados. La edificación socialista es imposible sin introducir en el sistema planificado el interés personal del productor y del consumidor. Este interés no puede manifestarse activamente más que teniendo a su servicio un instrumento seguro y flexible: un sistema monetario estable. En particular, el crecimiento de la productividad del trabajo y la mejora de la calidad de la producción son absolutamente imposibles sin un instrumento preciso de medida, que penetre libremente por todos los poros de la economía, es decir, una unidad monetaria libre.

Si un sistema monetario estable es necesario a la economía capitalista para que restablezca sus proporciones inestables con ayuda de las oscilaciones de la coyuntura, que

tantas energías derrochan, tal sistema es mucho más necesario para la preparación, elaboración y regularización de una economía planificada. No basta con construir nuevas fábricas: es necesario que la economía las asimile. Esta asimilación significa la verificación de la experiencia, la adaptación, la selección. Una verificación por el rublo. Edificar un plan económico sobre una divisa escurridiza es la misma cosa que hacer dibujo de maquinaria con un compás roto y una regla torcida. Esta es precisamente la situación actual. La inflación del chervonetz es uno de los más perniciosos resultados, y, al mismo tiempo, instrumento de la desorganización burocrática de la economía soviética.

La teoría oficial de la inflación está al mismo nivel que la teoría oficial de la dictadura analizada anteriormente. “*La estabilidad de la divisa soviética* [decía Stalin en el pleno de enero] *está garantizada, ante todo, por una cantidad enorme de mercancías en manos del estado, y puestas en circulación a precios fijados.*” Si esta frase tiene un sentido, no puede ser más que el siguiente: el dinero soviético ha dejado de ser dinero; ya no sirve para medir el valor y, por lo tanto, para establecer los precios: “*los precios fijados son determinados por el poder del estado*”; el chervonetz no es más que un bono de contabilidad en la economía planificada. Esta idea es completamente paralela e idéntica a las ideas de *liquidación de las clases* y de *entrada en el reino del socialismo*. No obstante, Stalin, en su lenguaje a medias palabras, no osa renunciar a la teoría de la cobertura oro. ¡No!, pues la cobertura oro *también*, no es que sea superflua, pero debemos notar que su significación es por completo auxiliar. Tenemos necesidad de ella para el comercio exterior, en que hay que pagar en dinero contante y sonante. Pero para la prosperidad de la economía interior basta con los precios fijos, establecidos por el secretariado del CC y por sus representantes.

Que la rapidez de la baja de la capacidad de compra de los signos monetarios depende, no solamente de la cantidad de papel impreso en circulación, sino también de la *cantidad de mercancías*, es cosa que sabe todo estudiante de economía política. Esta ley concierne por igual a la economía capitalista y a la economía planificada. La diferencia estriba en que en la economía planificada se puede, con ayuda de medidas administrativas, disfrazar la inflación durante mucho más tiempo, o, por lo menos, encubrir su amplitud. ¡Tanto más temible será el desenlace! El dinero regularizado por los precios administrativos pierde, en todo caso, la capacidad de reglamentar los precios, y, por consiguiente, el plan. En este dominio, como en otros, el *socialismo* consiste, para la burocracia, en sustraer su voluntad a todo control: al del partido, al de los sóviets, al de los sindicatos y al de la moneda.

La economía soviética actual no es ni monetaria ni planificada; es, más que nada, un tipo de economía burocrática. La industrialización exagerada y desequilibrada mina las bases de la economía agraria. Los campesinos tratan de encontrar una salida en la colectivización. La experiencia se encarga de demostrar acto seguido que una colectivización desesperada no es una colectivización socialista. La decadencia ulterior de la economía soviética ha herido a la industria. Para sostener los ritmos imposibles y desequilibrados se recurre a una presión extrema sobre el proletariado. Librándose del control material de la masa de consumidores y del control político del productor, la industria ha adquirido un carácter supersocial, es decir, burocrático. El resultado es que se encuentra incapaz de satisfacer las necesidades humanas, aun en el grado en que las satisface la industria capitalista menos desarrollada. La economía agraria ha respondido a las ciudades impotentes por una guerra de usura. Bajo el yugo eterno de la desproporción entre la tensión de sus esfuerzos productivos y sus condiciones de existencia, más graves cada día, los obreros, los koljozianos y los propietarios individuales, pierden el interés por el trabajo y se llenan de irritación contra el estado. De aquí (de aquí precisamente, y no de la mala voluntad de los residuos) dimana la necesidad

de introducir la coerción en todos los focos de la vida económica (reforzamiento del poder del director, ley sobre las ausencias, pena de muerte para los koljozianos que dilapiden los bienes de los koljozes, medidas militares durante la siembra y la recolección, obligación para los campesinos individuales de ceder sus caballos a los koljozes, sistema de pasaportes, secciones políticas en las aldeas colectivizadas. etc.).

El paralelismo del destino del dinero y del estado se presenta aquí, ante nosotros, bajo una forma nueva y muy clara. Las desproporciones de la economía empujan a la burocracia por la senda de la inflación progresiva del papel-moneda. Al descontento de las masas ante los resultados materiales de las desproporciones económicas, la burocracia responde por la represión pura y simple. La planificación económica se desentiende del control político. La negación de las “causas, objetivas” es, decir, de los límites materiales para el acrecentamiento de los ritmos, como el abandono del patrón oro para la moneda soviética, entrañan dos delirios “teóricos del subjetivismo burocrático”.

Si el sistema monetario soviético se disuelve, no es precisamente en el socialismo, sino en sentido capitalista: es por la inflación. El dinero deviene no un instrumento al servicio de la economía planificada, sino el instrumento de su desorganización. Se puede decir también que la dictadura del proletariado muere, asimismo, por inflación burocrática, es decir, por una hinchazón excesiva del sistema de violencias, de represiones y de arbitrariedades. La dictadura del proletariado no se disuelve en la sociedad sin clases, sino que degenera en plenos poderes de la burocracia contra la sociedad.

En la esfera de la inflación monetaria, como en la de la arbitrariedad burocrática, se resume toda la falsedad de la política del centrismo, en el dominio de la economía soviética, como en el dominio del movimiento proletario internacional. El sistema estaliniano está agotado hasta el fondo y condenado. Su naufragio se aproxima con la misma implacabilidad que la victoria del fascismo sobrevino en Alemania. Pero el estalinismo no es una cosa aislada; como una planta parásita está enlazado al tronco de la Revolución de Octubre. La lucha por la salud de la dictadura del proletariado es inseparable de la lucha contra el estalinismo. Esta lucha ha llegado a un estadio decisivo. El desenlace se aproxima. Pero todavía no se ha pronunciado la última palabra. La Revolución de Octubre sabrá aún defenderse.

L. TROTSKY

Prinkipo, 29 de abril de 1933

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es